



La chica y el gigante

SÓNIA MELO*

Soy portuguesa. Mejor dicho, europea. Porque a nosotros los portugueses nos gusta Europa. Nos vuelve mayores, más importantes. Nos hace olvidar nuestro tamaño, nuestra pequeñez geográfica. Cuando me pidieron

que escriba sobre el Brasil y cómo veo a ese país como portuguesa, me pareció como si un duende tratara de escribir sobre un gigante. Como una madre que escribe sobre su hijo grande que se fue de casa temprano para recorrer un camino de

trunfos, mucho más destacado que el de sus padres. Sobre un alumno que supera a su profesor. ¿Orgullo? No, nosotros, en verdad, estamos celosos. Brasil es más: más calor, más tierra, más rico, más pobre, más fútbol, más de todo. Con Europa a las espaldas nos sentimos fuertes para mirar al Brasil de frente, así que nos vamos ahí de vacaciones con nuestros euritos, felices de poder hablar nuestra lengua bebiendo agua de coco en bikini en un escenario tropical. Aun así el Brasil, como un marcador, subraya nuestra pequeñez y cambia el idioma que le impusimos. Si decimos “pequeño almuerzo” no nos entienden, es su “café de la mañana” el que desayunamos.

Pero antes de ir ahí sí sabíamos de las telenovelas, las que vemos hace treinta años en pantalla. Cuando yo era niña, corría con mi hermana desde la escuela hacia la casa para no perder el capítulo de la novela del mediodía. Veíamos a los actores, guapos, con poca ropa, bronceados, sentadas en el sofá, cubiertas con mantas, enamoradas de un país donde el sol brilla trescientos días al año.

Al Brasil lo llamamos “nuestro hermano”, de nuestra sangre. Actualmente viven oficialmente más de cien mil brasileños en todo Portugal. En otro tiempo éramos nosotros los colonizadores, ahora casi nos volvemos colonizados. La mayoría de los brasileños que cruza el océano proviene de *favelas* y llega a Portugal como puerta de entrada a Europa, en busca de trabajo, de más dinero, de un futuro mejor. Unos se quedan lavando platos en restaurantes, otros son estrellas de fútbol en equipos regionales. Son nuestros amigos, vuelven nuestras fiestas más divertidas, que sin ellos serían melancólicas. La *samba*

reemplaza al *fado*. El *rodizio* (parrillada brasileña) sustituye el plato de tripas de cerdo, típico de Oporto. Cuando nací, Lula estaba organizando huelgas. Cuando terminé la universidad se distribuían *pines* de “Lula presidente” en los círculos de estudiantes brasileños. El día que Lula ganó las elecciones, los brasileños hacían cola frente a la Embajada de su país en Oporto, mi ciudad, para votar. Gente que nunca había votado en su vida. A nosotros los portugueses nos daba ganas de votar también por ese metalúrgico sin diplomas que llegó a ser presidente. Ese día celebramos por las calles del país colonizador un carnaval de esperanza política con nuestros hermanos.

Es verdad que estamos celosos de su grandeza, pero son nuestros hermanos, son familia. Sus emociones son nuestras también. Lloramos cuando lloran y reímos cuando intentamos, sin éxito, *sambar* como ellos.

A nosotros nos encanta cómo han vuelto nuestro portugués cerrado europeo en una lengua tropical, llena de vida, musical y con más ritmo. De Amado a Coelho, todo lo que es brasileño nos gusta. La voz de Elis Regina nos fascina, el carisma de Caetano Veloso nos emociona, las letras de Gilberto Gil nos inspiran. El pasado ya pasó, nos olvidamos, y esperamos que ellos también, de las naves de esclavos que llevamos de África hacia allá. Nos duele que nosotros, nuestros antepasados, les hayamos hecho daño. Sentimos vergüenza de nuestro pasado colonizador.

Aunque nunca he ido al Brasil, el Brasil se fue a mi casa, a Portugal, cuando todavía vivía en mi país. Así que se quedó en parte de mi infancia, de mis recuerdos, de mi círculo de amistades. Al país de la selección *canariña* lo veo como el ejemplo más perfecto de que no hay ricos sin pobres, ni dinero suficiente que compre la alegría. ■

* Estudió Periodismo en la Universidad de Oporto, Portugal y Turismo en Innsbruck, Austria, donde vive actualmente.